

TORRECILLA, JESÚS. *Guía de Los Angeles*. Madrid: Espasa-Calpe, 2001.

Es una novela tradicional, pero muy moderna en su estructura y sumamente atractiva y polémica en sus intenciones. El tema es doble; por una parte, en letra cursiva, tenemos la narración objetiva y física de cómo es (o era) la ciudad de Los Angeles a finales de los años 80 del siglo pasado; por la otra, ahora en letra redonda, una historia con todo un grupo de típicos retratos y tópicos de la gente de Los Angeles en esos mismos años. En el fondo impera un tema, la fuerza que ejerce la mujer americana (la gringa) en el orden social de la vida en California. Esto está visto y narrado, a la distancia y con sano humor, por un extranjero. La novela es actual por este comentario feminista, pero su lector no va a ser la mujer, en general –acotamos–, porque no participa de esa unión, de ese ombligo, ni de ese singular lenguaje con que la escritura de mujer se organiza hoy; esta novela va en contra de ese lenguaje y va en contra de la sociedad singular y egoísta de la mujer activa de hoy. Pues lo que salva la novela de Torrecilla es que es universal por lo bien construida que está, por la calidad del viejo lenguaje de la buena escritura masculina y porque el tema siempre interesará a la mitad de la humanidad; bueno, un poco menos de la mitad.

El planteamiento es muy gracioso pero, en el fondo, busca la solución de toda escritura, esto es, algo difícil de obtener, el truco de la búsqueda del lectores y de la necesidad de algo más, de un editor. Viejo truco el del editor dentro de la novela; en la literatura castellana desde Cervantes, el mejor ejemplo y también manipulado en el prólogo. La única diferencia ahora es que el editor, un supuesto magnate de la multinacional “Friendly Planet”, de judaico nombre Schwartz, pretende que el autor, oriundo de un remoto pueblo español, casi no localizable en especializado mapa de la zona (Villar del Pedroso, pequeñísima localidad extremeña de largo y complicado deletreo), escriba sobre la “ciudad del futuro” Los Angeles, como en su día, otro extranjero más o menos septentrional, tendría que presentar París y sus costumbres a los persas. Este personaje apócrifo de Schwartz está a punto de crear el espejo del doble mensaje. Esto parece un imposible porque este tipo de escritura no es para “americanos” (Estados Unidos), sino que va dirigida a los demás países de la tierra. De aquí nace la capacidad crítica del texto de Torrecilla (el espejismo de la maldita escritura de encargo). Pero vayamos al caso; las famosas *Cartas persianas* de Montesquieu (1721) no hablaban muy bien de la nueva mujer de moda en el mundo,

de la parisina de principios del siglo XVIII. Y lo dice y lo viene a estudiar claramente el viajero Usbek, hombre cultísimo, que sabe muy bien que lo que hay que cuidar de las culturas es a sus feminas, porque de este supremo deber dependen tantos otros como son la educación de la prole, el culto a la tradición, la conservación de las costumbres, el respeto a las leyes de nuestros padres y el orden de la familia; por tanto la libertad de las mujeres y el proceso de sus cambios pueden ser fatales para el desarrollo de sus países y las señas de identidad de sus culturas. Al ver Usbek la libertad de la mujer francesa y que sus hombres no las cuidan ni miman, ni ponen puertas al campo a sus intereses y caprichos, entra éste en un proceso de celo y "shock" cultural que provoca multitud de cartas y avisos para que su gente y pueblo no imiten esta manera de vivir. Pero al final vence la "imitación" en el mismo Usbek. En esto la novela de Torrecilla entra dentro de un marco tradicional de corte costumbrista, ilustrado y crítico, o de otra manera, un escrito producto de un racionalismo propio del clasicismo. Si en los ilustrados había sátira y humor en este tipo de tratados de gusto clásico y costumbrista a lo Montesquieu, también lo hay en el perspectivismo de esta *Guía de Los Angeles*. Pero todo surge de los tópicos del "papel" de la mujer "angelina" (*parte por el todo* de la mujer americana, mejor "gringa", de finales del siglo XX y principios del XXI), y de los tópicos que ha llegado a formar este tipo de ciudad, Los Angeles, tan paradigma y modelo de lo tenido por "americano", de lo que se puede entender, a través de un extranjero, por una folclórica USA.

Por esto la estructura de la novela plantea dos tipos de "testimonios"; el testimonio físico, el de la ciudad con todos sus aparejos (carreteras, calles, bares, restaurantes, edificios e historia, etc.), que es el "solo objetivo" que "esta guía se propone: facilitarle su visita a Los Angeles", y que está escrito con soltura y una lengua narrativa, ejemplar y objetiva, directamente montada sobre el objetivo de la observación. En el testimonio anímico, la otra parte de la novela, la observación no es directa sino inversa a lo visto y vivido; los personajes viven dentro de la "ciudad del futuro" (Los Angeles) como en el París de 1720; aquí y ahora los hombres no cuidan a sus mujeres, ni éstas necesitan de sus cuidados; no hay que mantener ni vigilar las tradiciones; en California los papeles de hombres y mujeres han cambiado porque todo está sujeto a una especial "democracia" y a un tipo de libertad lingüísticamente manipulada por siquiátras, abogados, administradores e intermediarios de todo tipo que generan las leyes y normas de la comunicación y del comportamiento exclusivo de la mujer (en Montesquieu todos estos oficios los realizaban *cunucos*, los encargados de "calmar" -?- todo tipo

de pasiones y calenturas femeninas). Mientras el comportamiento del hombre y sus necesidades de comunicación van por otro camino, estos practican otras reglas de juego y no pueden cambiarlas cuando quieran; sin embargo, en cualquier momento y sin previo aviso, sí son transformables si el lenguaje femenino lo desea. La felicidad de la mujer no se cifra en la relación y balance sentimental con su pareja sino en la satisfacción que le produzcan estas mutaciones y el olor a protección e independencia que le generen las instituciones en torno. Por lo general no existe la sensación directa de felicidad entre el hombre y la mujer; se necesita un intermediario o un confidente; al principio de la relación, un amigo o familiar; después, un montaje "legal" popular y de alguna tradición, algo de tipo hechicero-paráclito (ya sea religioso o de otro tipo terapéutico) para que sirva de marco y apoyo, de ayuda mental. El ejercicio voluntario de las virtudes ha desaparecido de esta manera, y el contenido moral se ha supeditado al parapeto social, hechicero e incontrolable de la costumbre tenida por "legal".

Claro está que esto nada tiene que ver con la otra cara de la moneda de la vida y de ciertas costumbres puntales de Norteamérica (la parte de USA); me refiero a su gran actitud laboral, al grandioso frente oficial de trabajo, a la competencia y producción industriales o a su conocida especialización y ambición científica, con todo un programa de conciencia de superpotencia y de "líder" que se ha impuesto en el mundo entero (desde el complejo del "marín" a la conciencia de "manager"). El oeste geográfico, la llamada tierra de "fornos" ha jugado últimamente, en este tópico de la imitación y propaganda de costumbres, un papel más importante que, por ejemplo, New York, la gran urbe política y verdaderamente la única ciudad internacional de USA; pero este cosmopolitismo no reúne el "carácter" y la intimidad que ha llegado a ofrecer Los Angeles, ciudad sin identidad alguna hace 35 años nada más. Pues, dos procesos físicos y arquitectónicos totalmente diversos y con opuesto proyecto instrumental. New York tiende al separatismo (con la bella isla de Manhattan, de gusto europeo) y Los Angeles sigue un proceso lento de unificación y de cierta armonía en su propia variedad y en su conflictivo tipologismo. En New York no existe el gusto típico de la competencia y de la propaganda de tipo provinciano a lo "gringo"; el negocio agresivo de todo invento "barato" lo hacen fronterizos; los precios de las cosas cambian demasiado en 15 millas de distancia, y la diferencia cultural que separa al refinado del pueblerino es mayor que en ninguna otra parte del país o del mundo. Manhattan no compite con nadie, es única; pero grandes extensiones de los alrededores son como bancales de habas, muy provincianos y

no gustan ni entienden del turismo ambiental; la llamada "gran manzana" no está toda sana.

La nueva manera de hacer literatura en el siglo XVIII era la "carta", un escrito corto que se prestaba a la crítica, a la comunicación rápida y al ensayo ideológico con el lector; por esto las "cartas" de Montesquieu, Feijoo o Cadalso dialogan. Sustitúyense en la presente novela de Torrecilla las *cartas* por pequeños capítulos con diálogos en donde, a través de varios temas, se pone en función el escritor y se experimenta el mundo crítico del lector. La temática general será la más tópica que una sociedad puede ofrecer, lo más obvio y corriente, lo más llamativo para otras sociedades; pero el distanciamiento literario de culturas, el contraste social, proviene del viejo planteamiento "nacionalista" del siglo XVIII, de la nueva sociedad viajera y cosmopolita que inventó el neoclasicismo europeo. En esta novela sobre Los Angeles estarán presentes casi todos los motivos que el autor cree más insultantes y evidentes de la vida norteamericana; empieza con el concepto de "cambio". En Estados Unidos todo cambia aunque esté bien y funcione la cosa inventada; a las mujeres les extraña que un matrimonio dure más de 8 años, y tienen que *cambiarlo* "por si acaso" o porque no saben si algo anda mal, aunque ellas no lo noten anticuado; es extraño este "mosqueo" y automaravillarse de su propia inseguridad; por lo general, este "acto de poder" se produce en el aire, pero como pirueta bien establecida en una sociedad de protección "legal" (?); claro está, no importan los hijos porque de "otra" manera "sufrirían" más, ni caiga quien caiga; se trata, únicamente, de alimentar la zona de cultura que envuelve el "necesario" concepto de "cambio" gringo, parte del caldo de cultivo del capricho consumista, y que, parece, solamente respetan y comprenden abogados y siquiátras, el equipo más fino que Usbek ha podido dejar en su tierra a cargo de tan especial trabajo de comunicación. Las verdaderas consecuencias no afectan mucho a la mujer en la mayor parte de casos; sobre todo al principio de la disolución cuando la incomodidad es más severa para el hombre.

Otro tópico es lo "casual", lo acontecido por acción de la varia naturaleza, justamente no renacentista a la italiana, sino por el orden mágico de acontecer tal o cual hecho en un país grande, ordenado y de sabias leyes de necesaria apertura y libertad; de esta "casualidad" espérese cualquier cosa del vecino, de su propio suegro, -o viejo novio, amante, etc.; la vida en norteamérica no acaba después de cada decisión, se tenga la edad que se tenga; siempre hay que tener el cepillo de dientes preparado para hacer frente a tal "cambio" o a cual "orden del acaso". Así podemos enumerar otros temas de la novela, el negocio del divorcio,

las confidencias de los amigos, la "love conection" de los 45 años (la crisis de la "mediana edad" es más moderna y freudiana que el postulado dantesco del "camino vital"...), el lenguaje "divorcy" de reuniones feministas en escuelas y consultorios, el cambio de nombres, religiones y parejas, la "superacion" de la virginidad, la tensión de los celos y el camino (no a la felicidad) a la infidelidad. Todo, todo, tocado de necesario y de evolutivo, en busca de un nuevo retorno a la juventud, a la acción que acabará, pronto o un poco más tarde en apoyo clínico o en la frecuencia asidua al megaparto de Disneylandia. El conjunto de desatinos ha regresado al paciente a participar de la "realidad" y a alejarse de aquella "falsa felicidad" que prometía estabilidad y aguante. Así se nos presenta el capítulo de Alex, Nina y Will, típicos americanos que no comprenden la lucha, la competencia íntima, la repetición que envuelve a la vida de las parejas; la sensación de "cansancio" y de "fatal rutina" destruye el paisaje de la convivencia y abre el triste capítulo de la soledad, del aislamiento en un país geográfico sin casi límites.

Los temas y asuntos de relleno son de tono más variado y epidérmicos; me refiero, por una parte, a las no tan sanas fiestas de disfraces (recuerdos del sano infantilismo de Halloween), con el truco de "cambios" que todo ello supone, transformaciones no ovidianas por cierto, sino copia del peor Woody Allen y del mal gusto de la industria de Hollywood, fatales fiestas llenas de "amor y compasión" (pág 108); y los "famosos" *parties USA* cargados de lejanía e incomprensión (no quiero mencionar la participación de otras "químicas") y repletos de "contagio de estilo", falta de originalidad. En la otra parte no pueden faltar los tópicos del sexo (mejor, "abusos sexuales" con todo tipo de coletillas que el lector desee), la sicología y los siquiátras de Santa Monica (la zona más vulnerable y más pingüe de la vida gringa; el encanto del sexo casual con el director espiritual, etc.) y las vidas de los emigrantes (tema que cada día abre un texto menos halagüeño y más confuso). La *Guía de los Angeles* de Torrecilla, de una u otra manera, muchos la hemos pensado (aunque no con tanto detalle y humor), pero nunca la hemos fijado en escritura como su autor, con gracia y arte literarios. La novela es muy optimista y presenta todo el atractivo que tiene la inmensa urbe, todo el futuro físico y químico de sus circunstancias y valores, conjunto activo para propios y extraños, para lectores turistas y para mentes con emoción y calentura. A Montesquieu le hubiera gustado Los Angeles como materia novelesca y digna de grata comparación y perspectivismo. Torrecilla, "por el mismo precio", ofrece un "collage" bien montado de lo que el lector animoso puede usar y consumir como literatura actual, con ganas y frivolidad del acto

y necesidad de leer, con disfraces de «suspense» y novela negra, sin acudir a la violencia y al mal gusto de lo tenido, hoy, por literatura fácil. El recuerdo de tener que hacer el “Income Tax”, los impermeables azules oscuros en zonas donde no llueve, las cloacas y oscuridades cerca del mar, etc., nos llevan a la magia de Orson Welles o al “comic” refinado, a la narrativa cinematográfica y a los grades anuncios de Marlboro en las autopistas, en donde un coche con cuatro latinos y solamente un faro de luz al frente se adentra en lo inhóspito de la plena noche angelina. Interesante el diálogo y la mezcla de dos (varias...) culturas y nombres; de Dawn y Bob a Carlos y Rodrigo, etc.; lo cervantino de Carlos “el Grande” y lo insulso de Rodrigo (luego Rod) Bobadilla, en donde las “caras pegan con los nombres”; todo bien hecho y observado, hasta las virtudes del “Ketchup” de tomate, o el piano de Nonstrom de la novela *Tornados* del mismo autor.

Esta es la síntesis de la “América, América” vista por los extranjeros, montaje parecido al que los turistas que viajan a España pueden tener sobre lo gitano o flamenco “español”, sobre la propaganda sureña o sobre las delicias de nuestras tortillas (no de gusto universal, si están mal hechas). La *Guía* de Torrecilla, pues, responde a la vida exterior y social del gringo, no a sus entretelas y profundidades que son múltiples como pasa con todo país grande y complejo; no esperemos, así, encontrar en la *Guía* personajes enteros, a lo Galdós, que forman la historia de su vida o tipos que construyen los valores constantes que los hacen ser y actuar. Torrecilla dibuja la anécdota y su perspectiva, de la misma manera que los turistas que se refieren a España nada saben de sus viejos problemas y ocultas manifestaciones; las calladuras y las heridas históricas siguen siendo casi siempre impenetrables, y nunca son de fácil y atractiva lectura. No es corriente notar en USA la fuente del antiguo bandidaje, la marca de Al Capone o el terrorismo de turno, todo tan puramente gringo como el Stock Market de Wall Street o el Empire Building y las películas “Western”, el dedicado oportunismo de sus ciudadanos y las falsas noticias de empleados morales a sueldo de las agencias FBI o CIA. Aparte, hay millones de familias que no saben en dónde viven o han nacido, que solamente quieren vivir.

Aunque todo lector es preceptista de alguna manera y dependiente de su propia experiencia, la norma que Torrecilla propone es y parece clásica, si pensamos en el arte de consumo, lo que, a la distancia en tiempo, lugar y género, entendemos, de otra manera, por literatura digestiva o teatro, “comedia lopesca”; en la pág. 164 se nos dice que los lectores no “quieren los temas tradicionales” (que a todos

preocupan): el amor, el sufrimiento, la felicidad, etc. La fórmula de Torrecilla es la de "salir a la calle", la de escribir a cuerpo descubierto "para la gente sencilla"; no es justamente la posición cervantina, de mucho más riesgo y ambición, de guiño más complicado y oculto.

La novela que envuelve la *Guía* es muy sincera, un sencillo y ameno "boudeville" costumbrista, de sana y graciosa lectura, recomendable a todos los espíritus críticos de fina correspondencia cultural, en donde lo que más cuenta es la sorpresa inmediata del buen obrar de la lengua, el guiño de uno u otro dato sublevante; pero lo mejor, lo que hace avanzar y consumir la lectura, es la agilidad narrativa, el delicado trazo del buen castellano que ofrece, la observación de los detalles difíciles y la habilidad del diálogo mantenido. En fin, no debemos buscar en la novela de Jesús el género histórico, ni el testimonio real; la imaginación y los ideales no se enfrentan al lector, sino a la forma mental de la lectura.

No podemos olvidar el tono "feminista" que ofrece y cifra el texto de la pág. 190:

"*Fuck you*, ¿por qué tienes que burlarte de todo lo que digo? Estoy harta de tus dobles sentidos y de tus ironías, estoy harta de que me pongas en ridículo todo el tiempo". Esta queja de Dawn es el "leitmotiv" de la escritura y de la filosofía del texto novelesco; esto apoya que se pueda admitir como novela la disposición de todo tipo de lenguaje o el concepto de "tontería interesante" (pág. 202), de tal manera que se le permita a la "tontería" de tal o cual personaje el que *sepa hacer* "feliz a la mujer americana" (la gringa de la pág. 203) o creer que "la mujer americana... es más antigua que el hombre". El espejismo de la novela y el juego de espejos de que dispone el autor para "fijar" observaciones y perspectivas es una de sus mejores armas con la del humor, conjunto habilidoso que, en algo, nos recuerda el desenfado y desafío de descarga de la época Almodóvar, al final de los 80.

—Enrique Rodríguez Cepeda
University of California, Los Angeles